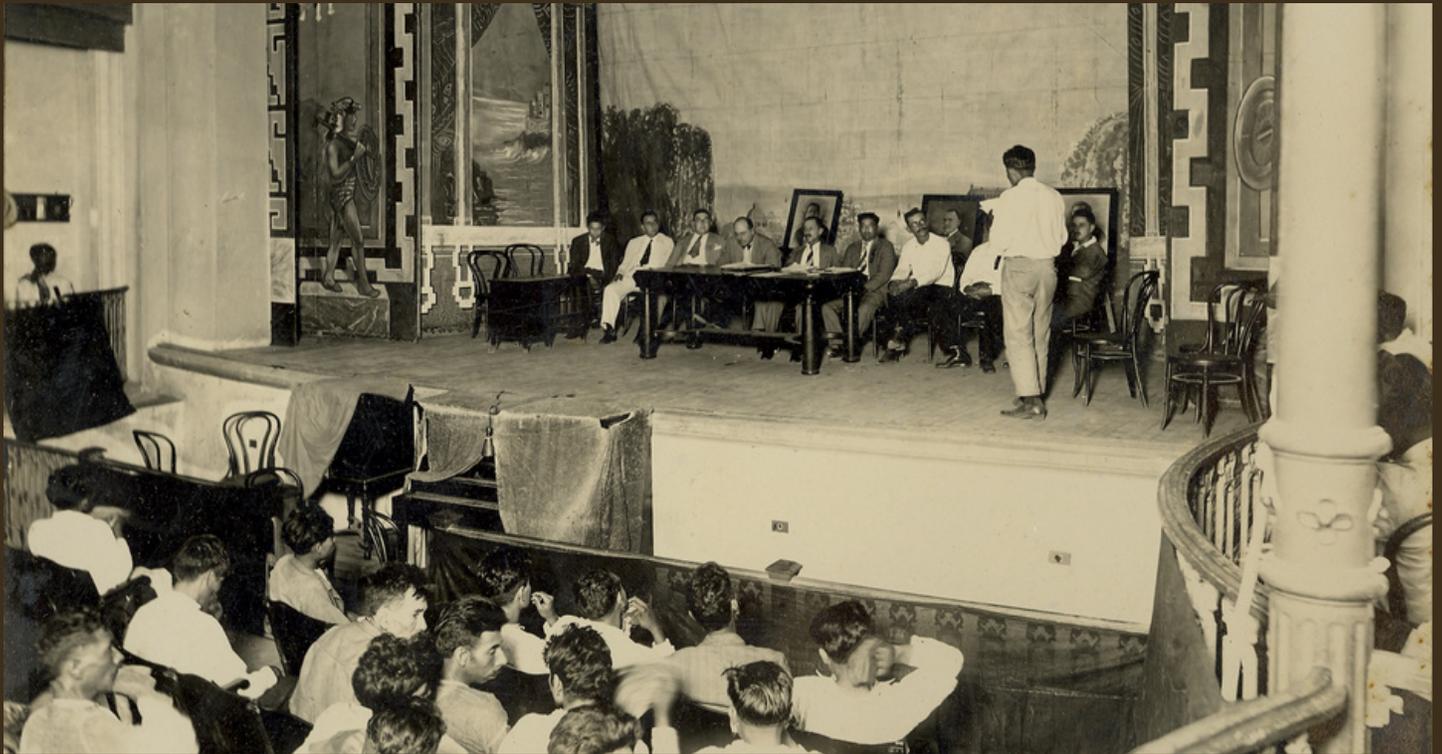


CRÓNICA DE UN HALLAZGO

TOMÁS RESÉNDEZ GONZÁLEZ



Interior del teatro Juárez de Ciudad Victoria en el primer tercio del siglo XX.

Fue en 1989 con motivo de una visita personal del narrador a una oficina gubernamental ubicada en la zona centro de la ciudad Victoria, que era una casa particular de dos plantas arrendada para funciones de gobierno, cuando, estando en la cochera en espera de ser atendido en un asunto que me ocupaba, inesperadamente visualice unos postes de fierro fundido sentados en una base o mole de cemento, arrinconados a la pared y sin utilidad aparente. Me habían llamado la atención porque no armonizaban con los materiales de construcción, propios de la época del inmueble, pero sobre todo por su colocación, en un punto desapercibido a cualquier atisbo, es decir, cuando se mira pero realmente no ve un panorama u objeto, en plena difuminación que permite pasar invisible a la pupila rutinaria. No tuve duda, eran vestigios del antiguo teatro Juárez de la ciudad, inaugurado en 1898 y de-

ruído en 1949-50 ante la indiferencia de los victorenses. Guardada esta información y localización, pasaron algunos años y en un paseo dominical a temprana hora en el transcurso de 2012, recordé la existencia de esos testigos mudos del pasado y regresé al lugar de su ubicación, donde la casa se encontraba desocupada y en proceso de reparación, pero afortunadamente el portón de la cochera tenía un vidrio roto que fue un resquicio ideal para tomar una fotografía a cierta distancia, y pude constatar que ahí permanecían los vestigios; con lo anterior, lograba una prueba tangible de los restos de un coliseo despedazado, pero al fin, quedaba un sobrante de la memoria de la ciudad; con ello, el archivo iconográfico de la evidencia, quedó en espera de una ocasión propicia de liberación. Transcurrieron los años, particularmente en 1994 transitando por las calles de la ciudad, iden-

tifiqué otro pilote metálico de mayores proporciones arrumbado en una banqueta, ante lo cual mis intentos de rescate resultaron infructuosos, a pesar de haber hecho público el hallazgo en un rotativo de la ciudad. En esa ocasión, empeñado en recuperar ese objeto arrumbado, encontré una férrea oposición de una maestra que se ostentó como propietaria de la columna, argumentando ser herencia de su padre como trabajador de las oficinas gubernamentales existentes en un tiempo en el citado inmueble, y a pesar de mi insistencia en manifestarle que el sustentáculo sería exhibido al público y se darían los créditos de su generosidad, no logre mi cometido. Tiempo después, el poste sería retirado de la vía pública para esconderse en la egoísta sensación de apropiación particular. Los argumentos esgrimidos por tan recalcitrante defen-

sora de su propiedad, me orilló a especular que en ocasión del derrumbe del coliseo, se negoció con los materiales o se permitió al público llevarse los sobrantes que les fueran útiles (ventanas, puertas, vidrios, etc.) por considerarlos precisamente escombros que habían de retirarse para limpiar el espacio de la nueva construcción del actual palacio de gobierno, destinando los remanentes a lugares íntimos de las viviendas y ocultos a la vista pública con categoría de inservibles. Continuaron los años y mis continuas propuestas a los anteriores propietarios del inmueble y autoridades municipales para rescatar esos rastros sobrevivientes que sostuvieron un inmueble con historia significativa de un periodo del porfiriato con especiales características en la historia de Tamaulipas, igualmente resultaron sin éxito.



Demolición del Teatro Juárez. obsérvese las columnas que todavía permanecen erguidas



Pero el asunto del salvamento continuaba pendiente en mis quehaceres, y fue necesario impulsarlo en noviembre de 2021, cuando me encontré colaborando en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Tamaulipas, y tener la ocasión de plantear el proyecto a su director el Doctor Octavio Herrera Pérez, quien de inmediato se entusiasmó y proporcionó el apoyo institucional.

Con ese soporte institucional, emprendí un nuevo intento de solicitud a los propietarios de la finca, lo que resultó una auténtica pesquisa dado que era un matrimonio y uno de ellos había fallecido y el otro se encontraba con una seria indisposición de salud; no obstante, en el trayecto de la búsqueda, tuve noticia de que la propiedad había sido traspasada y en consecuencia procuré entablar contacto con los nuevos propietarios. Al hacerlo y exponerles mi solicitud, su reacción fue de sorpresa por lo extraño de su contenido, manifestando la necesidad de tomarse un tiempo para asimilar y pensar si accedían a la petición; con paciencia aguardé la decisión y llegó el momento de comunicarme la aceptación de donar los mástiles de hierro al Instituto de Investigaciones Históricas, solo que tendríamos que conseguir las facilidades del arrendatario del inmueble. Por fin, sacaríamos de la oscuridad a estos testigos del devenir urbano.

Así las cosas, la organización de las actividades de la logística para el retiro de nuestro objetivo, se pospusieron por dos semanas, en una espera que aumentaba la expectativa por verlos liberados de su encierro.

Llegó el día, cuando ya obtenido el consentimiento de acceso del arrendatario, envueltos en una atmósfera de circunstancias desconocidas, tratando de entender los trabajos y proyectos emprendidos para que estas moles fueran ubicados en la casa par-



Los pilares del Teatro Juárez en un domicilio particular



Trabajos de remoción de los pilares

ricular donde permanecieron enclaustrados por espacio de 72 años, y ahí estaban incólumes, ocultos, guardando en sus férreas estructuras los vagos secretos de más de un siglo de antigüedad del coliseo victorense de espectáculos, los ecos musicales, las risas y pláticas de la concurrencia, los discursos de los eventos políticos, los bailes y celebraciones sociales, las imágenes de la cinematografía, sin conocerse acerca del autor original de su traslado al escenario doméstico donde fueron encontrados, tal vez como parte de un proyecto de construcción inacabado; aguardando al intemperie la liberación de sus grilletes de cemento, invocando las nebulosas imágenes de la decapitación del edificio, al sentir el primer golpe de marro, de las continuas nubes de polvo del sillar, el sonido de la madera astillada y vidrios rotos, el estruendo todo del derrumbe.

Las labores dieron inicio a temprana hora del día fijado, y examinado el espacio, se contabilizaron tres postes y no cuatro como habíamos especulado, destacándose que uno de los mástiles se encontraba pegado a una barda sin aparente explicación, pues dejaba sin salida un espacio en forma de L, como una área desperdiciada, pero enseguida tuvimos la explicación de sus habitantes, que resultó ser un muro de contención para una plaga de ratones que en años anteriores infestaba el barrio; los trabajadores descargaron sus herramientas y en breve se oyeron los golpes secos del metal contra la mole de cemento; después de unas horas, el grado de dificultad empezó a enseñar otras proporciones a las que los martillos no dieron abasto y menos los cinceles de punta, pues la base que aprisionaba el objeto de los afanes, era realmente sólida con estructura de varilla de acero, tan así se encontraban, que fue necesaria la intervención de un roto martillo eléctri-



Se retiran los pilares para ser transportados al Museo de Historia Regional de Tamaulipas

co. Continuaron los trabajos y permitieron descubrir la base del primer poste, es decir, liberado del bloque de cemento en su totalidad, pero sostenido por tornillos de espesor considerable insertados en el cuadro base de cemento y rematados con gruesas tuercas. Retirados esos obstáculos, la maniobra consistió en mover esa primera columna de fierro y acostarla en el piso, pero fue el momento en considerar que su peso rebasaba las expectativas, y por lo tanto, estaba fuera del alcance de los trabajadores para subirlo a una camioneta y trasladarlo a su destino. La logística tomó otro sesgo, se requería de más ayudantes para la movilización y otro tipo de transporte, quedando así concluidas las maniobras del primer día.

Al día siguiente, se llegó el momento de terminar de liberar los dos postes restantes y recostarlos en conjunto en una difícil maniobra con la intervención de seis trabajadores, para dejarlos en espera del proceso de subirlos a un vehículo de transporte adecuado a su considerable peso, pues en un cálculo somero cada uno media 4 metros de altura y pesaba 400 kg. aproximadamente. No obstante, dic-

tiempo trajo inevitablemente el periodo vacacional y con ello el cierre de actividades del museo regional de Tamaulipas, lugar del destino de las huellas metálicas, posponiendo su movimiento para el inicio de 2022.

Con la entrada del nuevo año sobrevinieron contratiempos, primero el recrudecimiento de la pandemia, el mal clima y después la ausencia del arrendatario del sitio del hallazgo en atención a sus particulares asuntos, nos obligó a posponer hasta fines de enero el movimiento de traslado.

Finalmente el traslado se coordinó sin contratiempos y el 10 de febrero arribaron los mismos seis trabajadores para el acarreo y al mismo tiempo el transporte estuvo puntual, y por fin, pese a lo incómodo de las maniobras, las columnas de hierro, testigos de los siglos XIX, XX y XXI, emprendieron su salida hacia un lugar más propicio para ser testimonio público de un fragmento de la memoria de la capital tamaulipeca. Ahora empezará el proceso de restauración y concluido se colocará en una sala interior del museo.



Un poco de historia.

Estos rastros materiales, nos llevan al origen del coliseo cuya construcción estuvo a cargo del Ing. José Duvallón, y en términos informativos el rotativo nacional El Universal describía de la siguiente manera: "El teatro es un regio y magnífico edificio que embellece mucho a aquélla ciudad. Es de piedra y fierro, tiene 20 plateas, 20 palcos y 300 lunetas, con una galería para 600 personas; consta de tres pisos volados de fierro, contruidos en las fundiciones de Monterrey; el local está situado en uno de los puntos más céntricos y pintorescos de la población. La capacidad que se le asigna al teatro es aproximadamente exacta, pues en efecto se calcula que puede admitir de 1,200 a 1,300 personas; en cuanto al precio de la mano de obra de albañilería, ha habido también un fuerte ahorro en los gastos, pues los peones han sido en general presos y también algunos albañiles, que sólo han pedido gratificaciones insignificantes.

El gobierno donó el terreno en pleno centro de la ciudad.; el coronel Manuel González hijo pagaba las rayas de los albañiles, también de su bolsa cubrió artículos importados como la butaquería, telones, alumbrado, araña candil del teatro estilo neoclásico que adornaba el entorno de la ciudad..."

El edificio estuvo financiado por varios victorenses integrados como Compañía Constructora del Teatro Casino de ciudad Victoria S.A. y hasta 1906 se determinó llamarlo Teatro Juárez; y así, permaneció en funcionamiento durante cincuenta años, lapso que después de la euforia inaugural en 1899, tuvo altibajos financieros para su sostenimiento, hasta 1921 cuando el gobernador César López de Lara, con la aprobación del congreso local, adquirió la propiedad con los gravámenes adjuntos. El inmueble continuó funcionando con carencias en su



Uno de los pilares antes de ser removido

mantenimiento, siendo utilizado para oficinas de gobierno, cinematógrafo, celebraciones y bailes, espectáculos de teatro, veladas musicales etc. hasta el arribo del general Raúl Gárate en el cargo de gobernador, quien tomó la decisión de escoger precisamente el sitio del inmueble cultural para erigir un monumental edificio de gobierno y en 1949-50 dieron inicio las obras de demolición. En cuanto a los motivos de tal decisión se desconocen y se presta a conjeturas como la de seguir el tradicional diseño urbanístico español de ubicar una plaza y adjunto la iglesia y la casa consistorial; la presencia material de ambos poderes frente a frente.

Otro vestigio del anfiteatro lo representan varios barandales de fierro con un adorno musical en la parte inferior, localizados también en zona céntrica

de la ciudad, con presencia desapercibida a los transeúntes, pero al menos están exhibidos abiertamente y con franca utilidad para sus poseedores, de lo cual se podría concluir que esos pedazos y otros escondidos de memoria de la ciudad, se encuentran dispersos en el olvido de su origen.

Finalmente, es justo hacer público el agradecimiento a los propietarios de las pilastras férreas, por su generosidad de donarlos con la sola condición de permanecer en el anonimato, pero con esta acción desinteresada, se identifican como victorenses de profundo arraigo y amor a su ciudad; y también es necesario agradecer la disposición de la negociación victorense Ener Solar, que facilitó el transporte en un gesto que la identifica como una empresa socialmente responsable.



Entregando las piezas en el Museo de Historia Regional de Tamaulipas